

Manuel V. Monsonís Monfort

*Cervantes en los monumentos*



Alcalá de Henares  
2010

## Índice

0. Proemio	9
1. Escultura cervantina en el siglo XX	11
2. Escultura monumental en el III Centenario del <i>Quijote</i>	19
3. Anteproyectos para un nuevo monumento a Cervantes	23
4. El monumento a Cervantes en la plaza de España. Incidencias	81
5. Iniciativas para otros monumentos cervantinos	95
6. Valencia con Cervantes	113
7. Presencias cervantinas en la Mancha y Alcalá de Henares	127
8. Escultura cervantina en Guanajuato	171
9. Sobre medallística, numismática y filatelia cervantinas	179
10. Un epílogo gráfico, fotográfico y cinematográfico al <i>Quijote</i>	189
11. Bibliografía	271

## Proemio

*Cervantes en los monumentos* surge como resultado de una apasionante y rigurosa investigación en el ámbito de las artes plásticas, llevada a cabo en los principales archivos y bibliotecas del país. Pecaría de presuntuoso si, con este ensayo, pretendiera aportar una revisión definitiva de lo acontecido durante los últimos cien años —en lo que a escultura se refiere— relacionado con tan destacado personaje, la magnitud de cuya obra, de antemano, nos desborda. Me conformaré con que quede de manifiesto el salto cualitativo que en el campo de lo cervantino se ha producido durante el siglo XX, por cuanto las producciones plásticas relacionadas con el escritor han traspasado el decimonónico terreno de lo honorífico para implantarse, definitivamente, en la esfera de lo cotidiano. Sólo desde este punto de vista se justifica que puedan aparecer en este ensayo, de forma conjunta y casi indiscriminada, las más impresionantes realizaciones monumentales con que engalanan sus paseos los ciudadanos capitalinos junto a las someras líneas de una viñeta humorística o la fugacidad de un fotograma de película quijotescos.

Cervantes ha entrado, casi sin pedir permiso, a formar parte de nuestra vida; y no de forma tangencial, sino sustantiva. Si no fuese así, ¿cómo podríamos explicar que en el último lustro se hayan editado hasta ciento cuarenta libros que llevan en su título la voz «Cervantes» o los más de cuatrocientos que incorporan el nombre del principal de sus protagonistas? Nos movemos en cifras que apabullan.

La estampa del vate alcalalino actúa habitualmente de notario en la realización de nuestras compras diarias, infiltrándose, por tanto, de lleno en nuestra intimidad; si algún lector necesitara certificar esta inmanencia, le bastará con abrir su propio monedero. De esto último podemos colegir que la imagen tomada como oficial por la Academia Española, a partir de 1911, atribuida en su día a Juan de Jáuregui y retocada por el valenciano José Albiol, pasaría por ser, en competencia con el retrato de S. M. el Rey, la obra de arte más reproducida de cuantas en España se hayan realizado.

Más allá de haber dotado de un cuerpo carnal convincente a Don Quijote, quizá el mayor logro histórico de Cervantes haya sido éste: el estar de permanente actualidad y, consecuentemente, su pertinaz presencia entre nosotros. Para que este último objetivo se cumpliera, fueron necesarias tanto la promoción oficial como la colaboración de tantos y tantos artistas —ilustradores, pintores y escultores, principalmente— que trabajaron afanosamente para actualizar al escritor y vivificar su obra; la labor de todos ellos va a ser nuestro referente fundamental.

Miguel de Cervantes fue el primero entre los plebeyos en disponer de un pedestal para su efígie, levantada en la madrileña plaza de las Cortes. Su autor, Antonio Solá, dotaría a su figura de una energía contenida, deudora del neoclasicismo de-

cimonónico imperante, pero con el mismo porte regio con que Pantoja de la Cruz retratará a Felipe II.

Tributo, reconocimiento, homenaje... La sociedad decimonónica tomó conciencia de la deuda histórica contraída con el escritor por todos los hablantes en lengua castellana e intentaría paliarla, en la medida que ello fuera posible. Todos los agasajos serían pocos, y las principales ciudades con raigambre cervantina se dedicarían a honrar al genio de las letras levantando a la vista de todos su anatomía, siempre similar a la sita en Madrid, en algún destacado emplazamiento; las esculturas de Valladolid o Alcalá de Henares probarían lo dicho. Tanto en el monumento madrileño como en el alcalaíno, la estatua de Cervantes se sostiene sobre un pedestal prismático adornado con relieves alusivos a las aventuras contenidas en el *Quijote*, debidos al cincel de José Piquer y al de José Noja, respectivamente; de este último convendría apuntar que los suyos fueron colocados durante el año de 1994 y que en alguno de ellos, como en el que se representa la batalla de los ejércitos, se evoca al conocido ilustrador Gustavo Doré.

Poco más aportaría la estatuaria decimonónica al ámbito de lo cervantino. En el Madrid de aquella época, además de la ya citada, podríamos catalogar la efigie del escritor en la fachada principal de la Biblioteca Nacional, un busto en el frontis del Ateneo y sendas lápidas conmemorativas en la casa que habitara hasta su muerte, obra de Esteban de Ágreda, y en el convento de las Trinitarias, donde se le enterró, debida a Ponciano Ponzano. A esto se añadirían diferentes bustos para adornar despachos o bibliotecas principales, entre los que cabría destacar el ensayado por Rosendo Novas (1849-1891), dado que por él sería premiado en la Exposición de Viena de 1873.

Puestos en situación, vamos a retrotraernos hasta los años iniciales del siglo XX y, desde allí, iniciemos nuestra decidida andadura, empujados —ahora— por el aroma cervantino que todo lo impregna. Acabada ya la anterior centuria, nos encontramos en un momento idóneo para poder evaluar, con seriedad y rigor, todo aquello que ha acontecido en ella relacionado con las artes plásticas y el escritor. En el cumplimiento de esta tarea, nos cupo el honor de acompañar al gigante alcalaíno de pueblo en pueblo, de plaza en plaza; convino, pues, que nos cobijásemos bajo su sombra, sigilosamente, procurando no importunarle con nuestra presencia. En eso mismo consistió nuestro trabajo, mediante el cual hemos podido observar, aquí y allá, a las gentes y sus costumbres. Así se gestó *Cervantes en los monumentos*; la búsqueda mereció la pena.

## 1. Escultura cervantina en el siglo XX

En el siglo XIX lo público se convirtió en motor necesario para el impulso de aquella honorífica y oficialista escultura cervantina; y las cosas no iban a cambiar excesivamente en el inicio del nuevo siglo.

Pocos fueron los artistas que eligieron el camino de las Exposiciones Nacionales para mostrar su afinidad cervantina. Mencionemos, como excepción, al escultor madrileño Gregorio Domingo y Gutiérrez (1883-1950), quien, en 1908, presentara —con el número 939— un grupo en yeso con el título de *La primera salida* (90 x 78 cm).

El reglamento de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, actualizado en 1926, contemplaba cinco secciones para las diferentes disciplinas, correspondientes con las especialidades de Pintura, Grabado, Escultura, Arquitectura y Arte decorativo. En este último apartado encontramos catalogada, como obra de Antonia Hediger Tenorio y con el número 79, una *Cubierta para una edición del «Quijote»* realizada en cuero.

Tendríamos que remontarnos a 1932 para volver a constatar la presencia de lo cervantino en su Exposición Nacional correspondiente, gracias a la obra titulada



Fig. 1

*Don Quijote*, del escultor, de Ciudad Real, Felipe García Coronado (1902-1937), catalogada allí con el número 3 y realizada en caoba. Con Felipe García Coronado nos encontramos ante un destacado artista manchego, ejecutante durante su exigua trayectoria artística, truncada por una muerte prematura, de una importante obra vinculada a lo cervantino que estudiaremos con mayor detenimiento en su momento; dejemos aquí constancia, tan sólo, de su paso por las Nacionales.

Tenemos noticia de otra talla cervantina, en madera de nogal, ejecutada por el santanderino, de Santoña, Víctor Mariano de los Ríos Campos. Se trataba de un *Don Quijote en Sierra Morena*, que recogemos catalogado, con el número 20, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1943.

Escasos resultan, pues, los ejemplos cervantinos provenientes del ámbito de lo